

**POR LOS LINDEROS DE LA EXPERIENCIA MÍSTICA
(CÓMO PASAR DE LO QUE SOMOS A LO QUE DIOS QUIERE DE
NOSOTROS - CÓMO APOYARNOS EN LO MEJOR QUE TENEMOS
PARA SUPERAR LAS LIMITACIONES Y CARENCIAS)**

Madera Ignacio SDS.*

ABSTRACT:

Today we are walking on the side of the Lord without noticing Him. There are so many distractions and we have assumed them as part of our rhythm of life. It is possible that some may have been enclosed as pseudo charisms. as these two men of Emmaus who were discussing, complaining on the way, about all that had taken place in Jerusalem, today if we really notice the one who has already conquered death, and the same crucified lord is walking along with us. The objective is to put off these blinding risks in order to return ourselves back to glare at the miracle that has happened in Emmaus and between the problems we have omitted.

KEY WORDS:

Religious life, Prophecy, Emmaus, Current risks, pseudo charisms, Spirit.

LOS RUIDOS DEL PRESENTE

Los discípulos de Emaús iban discutiendo por el camino las cosas que habían pasado en Jerusalén, su discutir les impedía darse cuenta de lo que se había definido con la muerte de Jesús, lo que significaba la resurrección y el sentido de la fracción del pan como experiencias que hacen actual la presencia

* P. Ignacio Madera SDS es religioso y presbítero salvatoriano. Licenciado y Magister en Teología en la Pontificia Universidad Javeriana (Colombia) Especialista en Ciencias Familiares y Sexología en la Universidad Católica de Lovaina (Bélgica). Doctor en Teología y Ciencias de la Religión en la Universidad de Lovaina. Ha ejercido muchos años su profesión docente, y como teólogo ha sido escritor y conferencista en distintos escenarios internacionales. Fue provincial de los salvatorianos en Colombia-Ecuador por dos periodos. Por mucho tiempo ha vivido en los sectores populares del sur de Bogotá, uniendo a su reflexión teológica la acción pastoral. Participó por seis años en el Equipo de Teólogos Asesores de la Presidencia de la Confederación Latinoamericana y Caribeña de Religiosos y Religiosas (CLAR). Fue presidente de la CLAR. Actualmente es profesor titular y director del Postgrado de Teología en la Javeriana.

viva del resucitado. Las discusiones no permiten ver, oír o entender. Las discusiones, cuando son acaloradas, solo señalan la competencia agresiva de voluntades que no ceden o de racionalidades que se transforman en irracionalidad terca y dañina.

También hoy, la Vida Religiosa de este continente puede venir acelerada discutiendo por el camino tantas cosas que no son las que permiten darse cuenta que el crucificado-resucitado sigue allí, esperando que le invitemos a entrar para revelarnos una vez más la necesidad de orientarnos nuevamente hacia el descubrimiento de su presencia. Exaltados y exaltadas estamos, cuando el norte no es la vivencia ilusionada y sugerente de la Palabra de Dios revelada en la Escritura Santa, unida a la búsqueda de hacer actuales las intencionalidades del espíritu de nuestros fundadores y fundadoras.

Sí, hay ruidos en este momento de la Vida Religiosa. Por ello quiero invitarles, e invitarme, a tomar conciencia de algunos de esos ruidos, de esas discusiones del camino que no dejan percibir que Él viene allí, a nuestro lado, escuchando esos sonidos disonantes que no conducen a ninguna parte y si generan desencanto y desilusión. Me voy a permitir reflexionar con ustedes en dos que vienen a mi conciencia en este momento:

El individualismo

El predominio sin controles del sujeto tiene consecuencias sobre la experiencia religiosa, sin precedentes en mucho tiempo. El individualismo contradice la primera reacción de los cristianos al acontecimiento de fe que es la resurrección. Después de la resurrección los seguidores del camino se constituyen en comunidades fraternas centradas en el recuerdo de los dichos y hechos de Jesús, la fracción del pan, la oración y el compartir de los bienes.

El individualismo conduce a largas discusiones por el camino de la vida acerca de la necesidad o no de celebrar diariamente la eucaristía, sobre el sentido de eucaristías celebradas por ministros monótonos y carentes de imaginación, a la dificultad de encontrar la celebración en lugares apartados o remotos, a la cerrazón frente a las rúbricas y a la incapacidad de lograr una eucaristía significativa fruto de una liturgia inculturada según la mente del Concilio Vaticano II. Centrados y centradas en la visión individual del sentido, a partir de las formalidades externas, relativizamos la eucaristía y la convertimos en fardo doloroso o en trivial cumplimiento de la norma.

El individualismo lleva a la pérdida de sentido en la necesidad de orar juntos, de reconocer al Señor presente allí donde dos o tres están reunidos en su nombre. O, lo que es más triste y peor, conduce a una relativización de la

necesidad de preparar, de discernir y de proponer formas de oración que llenen la vida de las comunidades convirtiendo la liturgia de las horas en monótona repetición de palabras cuyo sentido no se gusta ni se capta. Se discute porque se piensa que se puede orar en solitario, en el bus o en la calle y sentirse vinculado afectivamente a la comunidad lejana. Se discute si para orar es necesario estar juntos o juntas en un lugar determinado, si el Señor no lo invade y lo penetra todo, si tiene sentido orar en una comunidad en donde no hay sintonía, en donde cada uno camina por su lado, etc. Se discute, se discute y se discute.

El individualismo conlleva la imposición de la voluntad personal y la pérdida del sentido del compartir los bienes. Cada uno empieza a buscar su propio interés. Y se desarrollan personalidades autócratas. Se discute si los sueldos deben ser entregados en su totalidad, si los regalos, pensiones y otros ingresos no deben ser administrados personalmente o se debe dejar una parte al libre arbitrio decisorio del religioso o religiosa. Por otro lado, se actúa como si lo de la comunidad fuera propiedad personal cuando se es administrador o administradora, ecónomo o ecónoma, exigiendo a los y las demás lo que uno mismo no hace: dar cuentas estrictas y exactas, informar de lo más mínimo, pero que a nadie se le ocurra pedirme cuentas a mí o insinuarme por donde debe ir la orientación de mis acciones en relación a la administración de los bienes y al compartir de los mismos.

El individualismo por lo tanto contradice la experiencia cristiana que realiza la dimensión comunitaria de la vida a partir de la conciencia de la Resurrección. Si Él vive, entonces debemos unirnos los unos a los otros y las otras para realizar la comunión de los hermanos y hermanas reflejo de la comunión que es Dios, Trinidad Santa, divina comunicación de las tres personas en la unidad del Uno.

El individualismo nos confunde. Como los discípulos de Emaús andamos por los caminos de la Vida Religiosa sin escucharnos, sin conocer la profundidad de la soledad de cada uno y cada una, sin oír los lamentos de los hermanos y hermanas que, como nosotros y nosotras, han consagrado su vida en este estilo de vida. No escuchamos porque lo que ha sucedido en Jerusalén nos trae aturridos. Eso sucedido pueden ser los cambios no reflexionados, las nuevas formas de rezar que no fueron implementadas con decisión y mantenidas con creatividad y esperanza, los compromisos con los pobres que posiblemente en algunos casos se han ideologizado pero que igualmente con tanta facilidad hemos dejado.

La comodidad

Las nuevas posibilidades que va dando el desarrollo tecnológico va generando unos religiosos light. Un progreso que cada día genera nuevas posibilidades acomodarse, de instalarse. Tal parece que la comodidad sustituye la lucha, el esfuerzo y el sacrificio que no entran en los registros de lenguaje y en la experiencia cotidiana de muchos y muchas en el hoy de este continente de gracia. Algunos y algunas, se escudan en sus responsabilidades y en su rol al interior de sus provincias para justificar tanto derroche de confort que desdice de una vida que, por la pobreza religiosa, se desprende de la dependencia de las cosas y del afán desordenado de vivir sin dificultades, angustias o problemas.

Y la comodidad se ve hoy acosada por lo progresos tecnológicos. Estamos en los inicios del siglo XXI y la Vida Religiosa no puede ser marginal al mundo que vive; pero algo diferente es que ella se inserte de igual manera y con mayores insistencias que el resto de la sociedad en la dinámica de la sociedad del consumo: religiosos y religiosas que tienen que tener las tecnologías de punta, las últimas, aunque no sepan qué hacer con ellas. Algunos y algunas se van llenando de sofisticados aparatos que los demás miran con admiración y secreta envidia.

Se va perfilando un religioso o religiosa desocupado y desocupada que se cansa fácilmente y que, ubicado en el mercado de la actividad laboral de nuestros pueblos, sería destituido inmediatamente de su cargo por ineficaz e irresponsable. Las instituciones de la Vida Religiosa como colegios, universidades, casas de retiro o recreación, hospitales, dispensario y guarderías albergan religiosas y religiosos que no trabajan lo que trabaja el resto de cristianos que laboran en la misma. Se cansan fácilmente, se agotan con lo mínimo. Aquí vendría muy bien una real aplicación del “ora et labora” de Benito de Nursia

Religiosos y religiosas pequeño-burgueses y arribistas, que miran para comportarse el modelo de las clases altas, aunque se vistan de hábitos muy clásicos o ropa de moda. Eso es lo menos importante, lo que cuenta es el decir interior, la manera de verse a sí mismos y de ver la vida elegida. Es evidente que en quien vive de la comodidad el modelo, el arquetipo o paradigma es el modo de ser de los ricos, y esto, entra en evidente contradicción con el sentido contemporáneo del voto de pobreza que significa asumir el modo de ser de los pobres, libre de ataduras y dependencias de las cosas y sus consecuencias.

Se defiende entonces el derecho a la comodidad, al disfrute de lo que la vida ha negado a la propia familia, se esgrime el estar cansados de la pobreza y sus consecuencias y se discute y discute sobre este u otro detalle que corresponde o no a la Vida Religiosa o se aceptan decisiones comunitarias de

austeridad mientras se continua con los mismos comportamientos sin importar lo que se viene discutiendo en el camino. Distráidos, una vez más distraídos.

¿NO SABEN LO QUE HA PASADO?

La misma pregunta que los discípulos en sus discusiones le hacen a Jesús podríamos hacerla en este tiempo desde la Vida Religiosa. ¿No saben que muchos y muchas en este estilo de vida se sienten desencantados y desencantadas? ¿No saben lo que ha pasado en muchas comunidades en las cuales el deseo de poder, la envidia, la rivalidad, la parroquialización de los religiosos varones, la institucionalización de hombres y mujeres apegados a puestos y nombramientos, han hecho de esta vida algo distinto a aquello por lo cual se dio la vida allá en Jerusalén?

¿Acaso no saben que la Vida Religiosa latinoamericana tiene que pellizcarse para no vivir de nostalgias de ayer sino de cara al presente neoliberal y postmoderno ratificando sus opciones de todos los tiempos: los pobres, la mujer, los indígenas, los afroamericanos, los excluidos y excluidas de este tiempo? ¿No saben que los nuevos fenómenos de comunicación y de ideologías del poder dominador están retando una vez más a una vida mística y proféticamente alternativa?

¿No saben que solo una vuelta a la palabra de Dios leída personal y comunitariamente, gustada en el espíritu de la lectio divina, cara a la gran tradición de la Iglesia en la Vida Religiosa de todos los tiempos, es alternativa sin contraprestaciones a una vida que vuelve a tomar el encanto desde la fuente de la vida de todo creyente? ¿No oyeron que para poder sentirse bien en la vida es necesario identificarse con los objetivos del grupo, con los ideales del grupo, mirar sus paradigmas, recrear su historia, valorar la vida y el testimonio de los fundadores? Oyeron?

¿Será que no se han dado cuenta que el encanto de la vida no nos lo da nadie sino es creación personal a partir de los dinamismos interiores que pongo a bullir al interior de mi corazón y mi conciencia? ¿No saben que solo una oración profunda, seria, serena, meditativa, contemplativa, asidua, constante, centrada en la vida cotidiana y en los grandes fenómenos que afectan a la humanidad, es la escuela para la mística que provoca la profecía?

¿No se han dado cuenta que el Señor Jesucristo viene transitando el camino? ¿No lo hemos reconocido? Discutiendo y discutiendo sin darnos cuenta que viene a nuestro lado eludimos su presencia y no podemos volver a la fascinación por su presencia que se nos escapa. Es necesario que se agote el discutir y nos dispongamos a preguntarle ¿No sabes lo que está pasando entre

nosotros y nosotras? Entra, ¡quédate con nosotros porque la tarde está cayendo! Es posible que así le podamos reconocer, en la intimidad de la casa, al calor del hogar, en la mesa, en el compartir la comida, en el nuevo escenario de una Vida Religiosa hogar.

Y AHÍ VAMOS

La Clar en su pasada Asamblea de México ha señalado un norte, un derrotero, un camino que devuelva a la Vida Religiosa de este continente, entusiasmo y vitalidad, esperanza y confianza en la acción del Espíritu en la historia, serena conciencia de estar construyendo la historia entre contradicciones y logros. La necesidad de que algo nuevo vaya naciendo en el continente, que él vea renacer de nuevo la vida que durante tantos siglos ha generado vida, ha provocado compromisos y regalado mártires. La Vida Religiosa latinoamericana, una vez más llamada a ser ese algo nuevo que está naciendo: una Vida Religiosa mística y profética. En donde mística y profecía se construyen como una unidad sin separaciones posibles. La mística es profeta o no es mística y la profetiza es mística o no es profetiza. El místico está con los pies en las coordenadas de la historia o está alienado y el profeta es contemplativo o es simplemente un militante igualmente alienado en el quehacer y la conciencia.

De la casa a los caminos y de los caminos a la casa. Esta metáfora quiere señalar la necesidad de mantener la sana dialéctica entre la intimidad y el descampado, la entrada en la interioridad, la profundidad de sí y la atención a la historia, al tiempo presente con sus contradicciones y nuevas injusticias. Mística desde la profanidad, mística desde el corazón de las angustias y temores de los hombres y mujeres del presente, para ser profetas de una nueva humanidad, juglares de la esperanza en el futuro, soñadores de una América en justicia, solidaridad y paz.

Defensores incondicionales de la vida porque somos testigos de la presencia de la vida de Dios a partir del testimonio de comunidades alegres, descomplicadas, ágiles, serenas y aguerridas. ¿Sueño? No, invitación a la aventura, a la creatividad, a la fantasía creadora que ha impulsado la experiencia de los grandes religiosos de todos los tiempos y de los pequeños religiosos desconocidos en el corazón de la selva o en la portería del gran convento o monasterio, ilusión de la religiosa que al calor de la cocina disfruta el que sus hermanas se sientan bien o la ejecutiva militante de la causa femenina que en la cátedra universitaria construye futuro para la Vida Religiosa y para la mujer del continente.

El reto está allí. A la luz del camino de Emaús, algo nuevo está naciendo. El proceso hecho hasta el presente en tantas comunidades a lo largo del continente es el inicio de lo que debe ser una búsqueda de todos. Es la hora de invitar, especialmente a la Vida Religiosa masculina, más esquiva y siempre atrás de todas estas propuestas renovadoras, a entrar en la marcha, a levar las anclas para navegar y poder nacer de nuevo. Religiosas y religiosos podemos ser parte del coro polifónico que recree las grandes tradiciones de nuestras comunidades y órdenes para un nuevo amanecer de nuestro estilo de vida.

¿Desde dónde?

¿Qué sentido tiene reflexionar acerca de la mística como experiencia humana en unas situaciones como las de nuestros países latinoamericanos en donde todo parece caminar por senderos tan distintos y distantes a los que suponemos son parte de lo que sería una experiencia mística? ¿Será que el continente no da sino para vivir de una analítica de la tragedia o una narrativa de la violencia? ¿Podemos los latinoamericanos vivir una experiencia mística?

Algo ha ido pasando en la economía, la política y los tejidos ideológicos de América Latina que nos pide vivir la aventura de nuestro estilo de vida generando nuevas conversaciones por el camino y evitando discusiones que no tienen vigencia sino para quienes quieren vivir atados al pasado sin dar los pasos que requiere el presente y conducen de otras maneras hacia la construcción del porvenir.

Las nuevas generaciones de religiosos y religiosas tienen preocupaciones totalmente distintas a las que están agotando a tantos adultos y adultas que ya parecen disfrutar enfermizamente de la desazón y el desencanto. Frenados en sus posibilidades de compromiso e ilusión no quieren o pueden respetar el que otros y otras hagan su propio camino en la ilusión y la esperanza. Las propuestas de vuelta a los fundamentos de la Vida Religiosa tienen que tener en cuenta a estos hermanos y hermanas para no dejarse agotar por ellos y ellas, por sus amarguras y desengaños. Más allá de sus infortunios solamente quienes se decidan a ser parte del resto de los que se deciden a volver a Jerusalén serán aquellos y aquellas que se van constituyendo en portadores y portadoras de esperanza para esta hora del continente.

Invitados e invitadas a un renacer desde la mística y la profecía, los y las religiosos y religiosas latinoamericanos estamos ante una alternativa de sentido que no puede diluirse en cualquiera de las tantas distracciones y tentaciones que nos ofrece esta hora. Por ello, quiero entrarme en algunas reflexiones que nos pueden ayudar a descubrir la razón de ser de la aventura sin par de volver a

retomar los fundamentos de la Vida Religiosa y entrar en uno de los filones mayores de su tradición en la historia de la Iglesia Santa: la mística.

¿Y la palabra?

Creo que es sugestivo preguntarme inicialmente por el sentido de la palabra. Mística. Ella ha tenido y tiene aún connotaciones de lenguaje no siempre significativas desde la perspectiva de una dinámica positiva y plenificante de la vida humana. Se le asocia, en no pocas ocasiones, a estados psicológicos de tipo neurótico o histérico, a comportamientos y conductas excéntricos y excéntricas, como al rechazo a lo humano y lo carnal, lo histórico y vivencial, lo placentero y lo vital, incluso a la presencia de los otros y las otras. O sea, se le vincula a un estar fuera de la realidad sin contaminarse de lo más real y crudo de este mundo. Por ello quiero entrarme un poco en la palabra, su sentido y su significación.

Las palabras no solo reflejen la realidad, sino que la provocan, la subvierten, la lanzan a nuevas realidades. Esto sucede cuando ellas realizan el efecto que significan, performan¹. Hay palabras que van perdiendo significación y sentido a partir de los contextos o de los usos y abusos que los hombres y mujeres que hablamos una lengua tenemos para con las mismas. Algo así me parece que ha sucedido con la palabra mística. Se abusó de sus significaciones para convertirla en todo, y sobre todo en la descripción de fenómenos que tenían mucho que ver con la sicología desbordada de sus cauces y de la experiencia histórica, para quedarse en las manifestaciones subjetivas de inconscientes exacerbados a partir de una determinada experiencia religiosa. Y a mucha disfunción se le llamó experiencia mística².

Hago caso omiso de una historia que no es del caso escudriñar en este momento para entrar a una consideración de las que creo son algo así como condiciones de posibilidad para que exista una experiencia mística que lance a un compromiso con la realidad de manera entusiasta y renovada. Por ello quiero ofrecer, más que una definición, una descripción de lo que considero es una experiencia mística. Y lo expreso a partir de quienes viven o buscan vivir la experiencia para no partir de conceptos sino de aquello que hemos visto y oído, lo que hemos apreciado y valorado, ante lo que me he sentido admirado e invitado a hacer mi camino de la misma manera.

Místicos y místicas

¹ SEARLE, Los Actos de Habla, Ed. Catedra, Madrid

² Con la expresión disfunción quiero referirme a comportamientos que se salen del común actuar de las mayorías y se pueden manifestar como diferentes, transgresores o contra el sentido del común.

Místicos y místicas son para mí aquellos hombres y mujeres que viven la existencia en Dios y desde Dios. Desde la perspectiva de la revelación cristiana, son quienes viven una intensa experiencia del Dios Padre revelado por el Hijo, Jesús, impulsados por la fuerza del Espíritu, uno con el Padre y el Hijo. Que viven la comunión en y desde la comunión trinitaria. Y voy a referirme de manera sintética a cada uno de los componentes de mi descripción desde una perspectiva cristiana; porque es posible hablar de místicos desde otras orillas de la fe.

Hombres y mujeres, es decir sujetos con nombre propio, que asumen su condición de personas humanas con todo lo que la humanidad tiene de grandeza y fragilidad, de bondad y capacidad de equivocación y desvarío. Hombres y mujeres que se autocomprenden como seres frágiles pero llamados y llamadas a la grandeza de vivir como imágenes de Dios, que saben que son poco inferiores a un dios (Sal 8,6) y conocen que llevan el tesoro de su grandeza en vasos de barro (2Cor 4,7). Humanos, profundamente humanos para poder tocar con unción lo divino, realizando la mezcla sin fronteras infranqueables, de lo humano con lo divino.

Que viven la existencia, es decir, situadas y situados en su tiempo, concientes de todo lo que les rodea y les afecta, que no temen al mundo, sino que saben que deben preservarse del mal (Jn 17,15), que no eluden ninguna realidad, pero van creciendo en la claridad de ser de aquellas y aquellos que han sido dados al Señor Jesucristo y por eso deben guardarse buscando la preservación de todo mal porque piden al Señor con insistencia que nos le deje caer en tentación (Mt 6,13). Existir es estar allí, situado, viviendo, puesto en la realidad con todo lo que ella es y trae. Quien existe no es simple espectador o autómatas sin libertad sino actor y actriz del propio destino y sujeto de su libertad. Y aquí se juega la vida de la mística y el místico, en el ejercicio sin atajos de su propia libertad ante todo y ante todos.

En Dios. ¿Cómo es una existencia vivida en Dios? No lo sé exactamente, pero me atrevo como a balbucear algunas metáforas que pueden ayudarme a vislumbrar lo que quiero decir en todas sus diversas significaciones. Vivir en Dios es vivir en El, es decir, estar inmerso en Dios, es como zambullirse continuamente en la vida de Dios en la historia. Es vivir en sus brazos, es dejarse mecer por Dios en la mecedora de la plaza y sobre el pretil³ desde el que se disfrutaban las brisas de la tarde. Es bañarse en Dios, es disfrutar su palabra en la intimidad del corazón, en todos los pliegues de la conciencia y en los poros de la piel.

³ El pretil es el andén de cada casa en la Costa Caribe Colombiana

Vivir en Dios es estar alimentando la vida cada día de sus cosas, de sus decires, es volverse parábola, deleitarse en el sermón del monte, hundirse en la soledad del abandono y la traición sin amargarse; no dejarse marchitar por los infortunios de la vida, es sacar fuerzas de donde no se tienen, es ser valientes, optimistas, es no dejarse quebrar, es saberse lanzar al vacío cantando a la vida porque nunca seremos abandonados a la incertidumbre de las profundidades del abismo. Y tantas otras cosas que podría decir, pero creo que en este momento ya tienes en tu corazón y en tu conciencia lo que quiero decir cuando hablo de las místicas y místicos como aquellos que viven la vida en Dios.

Viven en Dios porque a imagen de la Trinidad Santa asumen la diversidad como constructora de unidad y no como negación de las diferencias, por ello se abren al diálogo, a la comunicación en libertad espontánea. La unidad la conquistan en el amor y la sinceridad en la expresión y el compartir de la vida se vuelven alimento cotidiano. Seguidores y seguidoras de Jesús van centralizando el amor como pasión de vivir y descubriendo en cada persona un templo sagrado del espíritu, por ello, se construyen en la caridad que no fenece (1Cor 13,1ss)

Y viven desde Dios a partir de la propuesta del Reino predicado por Jesús (Mt 10,7) El desde Dios, significa desde la búsqueda continua de hacer verdad un cuadro de valores: los valores del Reino. Desde la terca voluntad de creer que este mundo puede ser el lugar donde Dios es Señor, donde los hijos del Padre podemos volver a la casa paterna para construir la mansión de la solidaridad, de la justicia, de la fraternidad, del amor verdadero. A partir de este “desde” siguen creyendo que más allá del capitalismo financiero, más allá del triunfo neoliberal y de las fuerzas y poderes de multinacionales y militarismos el cielo y la tierra pasarán, pero la propuesta de Jesús no pasará (Mt 24,35)

Vivir desde la predicación de Jesús, desde la perspectiva del Reino. Los místicos y místicas no están jamás conformes con lo que los hombres y mujeres de este mundo hacen de sus hermanos y hermanas. Por ello el místico no puede dejar de ser profeta, aquí, en la vida desde Dios, desde el Reino es donde mística y profecía se tocan, se besan, como el salmo nos dice que la justicia y la paz también lo hacen. Vivir jalonados, impulsados, estimulados, dispuestos y dispuestas a hacer presente el Reino, entrarse a la red de todos aquellos y aquellas que siguen creyendo en la justicia, en el derecho de todos a ser dignos, en la fuerza de la fragilidad ante el poder de los poderosos, de la mano de Dios que conduce la suerte de los humildes y sencillos, de los marginados de todos los tiempos y lugares. Desde Dios no puede haber una salida diferente, desde Dios no puede haber una propuesta diferente a la construcción de realidades

desde el reverso, desde lo contrario a la explotación, la mentira, la violencia, la desigualdad.

Entonces los místicos y místicas tienen que ser profetas y los profetas no pueden serlo si no son místicos. Pero he querido mirar la moneda desde la cara menos manoseada, desde la menos contemplada, para devolverle un poco de su brillo y disfrutar con los destellos de su nuevo esplendor. La palabra va así adquiriendo sus nuevos sentidos y su nuevo valor, va recuperando su condición generadora y va provocando la necesidad de hacer verdad lo dicho, de realizar lo significado para recrear nuevamente la vida en Dios y desde Dios.

Para serlo

Para vivir una experiencia que podemos denominar mística, en los términos expresados anteriormente se necesitan algunas condiciones de posibilidad sobre las cuales quiero hacer una corta reflexión

Una capacidad de exceso

Para vivir en y desde Dios es necesario que desarrollemos la capacidad de ir más allá, que sepamos vivir de un cierto exceso, de la continua búsqueda de una posibilidad mayor. Es lo que algunos místicos y místicas llamaron con una expresión que desentona en estos tiempos, buscar un estado de perfección. Yo no voy a hablar en estos términos, pero si quiero expresar que este “más” en la experiencia de comunicación con Dios, de intimidad con Él, de referirse a Él, es propio de quien busca vivir una seria experiencia mística. Una búsqueda real, sin remilgos ni manierismos, es un descubrir sereno, cotidiano y continuo de lo que de Dios viene a través de la realidad: del cosmos y de la historia.

El deseo irrestricto de contemplar

En los tiempos del ruido y de la imagen, los y las místicas y místicos son hombres y mujeres capaces de ver más allá de lo aparente, de desentrañar, de descubrir y disfrutar la presencia palpitante de Dios Padre en la vida de su pueblo. Descubren a Cristo resucitando en todas las alegrías y alborozos de los hombres, lo descubren en la sinfonía de colores de la flor y en el canto sin iguales de los pájaros, en el ruido de la lluvia que fecunda los campos y en todas las criaturas que llenan la tierra. Contemplar, ver porque se tienen los ojos abiertos y los oídos despiertos para poder escuchar el anuncio de la llegada del año de la gracia (Lc.4,19).

Y contemplar en la trama de la historia la vida de Dios gritando. Contemplantarlo en el rictus doloroso de los irakíes avergonzados ante la risa

inmisericorde del verdugo imperial, en la rabia vocacional de los palestinos humillados en su ardiente deseo de una tierra propia, en la mirada sin esperanza del campesino que entra aturdido a su rancho huyendo a la mortífera velocidad de los tiros y en la madre que tiene que parir en la puerta del hospital porque los pobres ahora tampoco tienen un lugar digno para traer a la vida a sus hijos (Lc 2,7)

Contemplantarlo en la doble moral de quienes, sintiéndose con el derecho a determinar certificaciones y descalificaciones sobre quienes parecen no respetar los derechos humanos, se abrogan el derecho de pisotear esos mismos derechos ante la indiferencia, que es disimulo, del resto de los vasallos del imperio. Contempla la cruz, pero sabe que la muerte ha sido vencida.

Los místicos son contemplativos porque descubren siempre los sentidos ocultos detrás de los sentidos aparentes. Ese es su arte, descubrir, identificar, encontrar, gustar, meditar, reflexionar, orar, gritar, reclamar, protestar, bendecir y glorificar, exaltar y alabar. Y contemplando no puede quedarse en la extática experiencia egoísta que todo lo engulle para sí, sino que tiene que comunicar, compartir, partir con los demás aquello que se ha gustado, lo que de Dios va experimentando y lo que Dios le impulsa a desvelar para que todos vayamos entrando al conocimiento de la verdad que nos hace libres.

La posibilidad de sorprenderse

Sorprenderse es saber darle color a lo que vemos. Quienes no se sorprenden ante nada van viviendo macilentos y sin vida. El místico y la mística son capaces de sorprenderse ante la grandeza de la vida y la ternura de lo humano, ante el enigma del mal y la capacidad de bondad y generosidad de lo que existe. Quien se sorprende reconoce en la realidad algo mayor que lo aparente, se deja preguntar y extasiar, no se amilana frente al dato, sino que descubre algo mayor que habla, que dice, que suscita, que pregunta. A muchos y muchas ya no les sorprende nada. A los místicos todo les sorprende porque han desarrollado la capacidad de admirar, de mirar profundo, de suscitar anhelos fecundos.

Posibilidad de sorprenderse ante la capacidad humana de destrucción e indiferencia ante la miseria, la injusticia, la desigualdad galopante y la violencia fratricida. Se sorprende porque creados a imagen de Dios como hombre y mujer no hemos logrado todavía responder a la pregunta de los orígenes: ¿Qué has hecho de tu hermano? (Gen 4,10) Se sorprende porque las competencias entre los pueblos nos confunden y los logros engreídos de la tecnociencia eluden el considerar la necesidad de un control que evite la destrucción de la creatura creadora.

Se sorprende ante lo inusitado, ante lo maravilloso de los colores del arco iris y ante el dolor sin explicaciones que provoca el saber que unos niños han muerto quemados abrazados a sus padres por la trama de irresponsabilidades que nunca responden por nada. Si, realmente, sorprendente como lo son las muertes de los niños en los campos de un país como el mío por la violencia que sorprende en su crudeza y en su rapiña incontrolada.

Fantasía

Porque creen que existe una posibilidad mayor que lo de hoy, por eso abren su corazón y su conciencia a la inexpugnable necesidad de fantasear, de imaginar otros mundos, de desarrollar utopías, de creer en lo imposible y de generar sueños de días mejores, llenos de verdad, de bondad y de luz. Por ello la poética es una de las grandes aventuras de la mística de todos los tiempos. No pueden vivir de la exacta descripción de lo que existe, de la monótona soledad del relato sin metáfora; del burdo y crudo realismo que quema la conciencia porque arde en ráfagas de fuego abrazor.

La fantasía puede ser creadora cuando ella propone, cuando no se arredra, cuando sigue creyendo y creando, cuando continua y continua a pesar y en contra de todo lo que quiere frenarle el impulso y cortarle las alas al vuelo de su invento. Genial fantasía creadora la de los místicos y místicas de la que tiene necesidad este continente cercado por el poder prepotente del imperio que le impone sus políticas y reglas de juego, tornándolo en una serie de países de engaños. Por ello los místicos son juglares, cantan a la naturaleza, a la vida, al amor, a Dios en su plenitud de amoríos con la humanidad adolorida.

Y la fantasía les conduce a las fronteras del amor, de la pasión desbordante, de la expresión de los afectos, del decir sin miedo lo que se siente por Dios y para Dios. Por ello, el lenguaje del amor es también el lenguaje de los místicos y místicas. Porque amar no es pecar y no es pecado el amor, por ello, el lenguaje del amor humano, de la pareja enamorada en éxtasis que une los corazones y los cuerpos en la unidad del solo uno, es también lenguaje de la mística tradicional católica. Ruptura con los puritanismos de mala conciencia y las aberraciones de una consideración pecaminosa y malsana de la relación amorosa de los creados a imagen de Dios para someter la tierra y multiplicarse y crecer.

Algunos analistas de la psicología han hecho estudios con diagnósticos contundentes o atrevidos acerca de la personalidad de místicos y místicas. Más allá de la justeza o no de los mismos es necesario preguntarnos si la experiencia de la santidad, si la grandeza de la vida en Dios y desde Dios, si la relación de intimidad con Jesús Señor no puede asumir y sublimar las ambigüedades y las

disfunciones. Permítanme asumir este “exceso” de la vida mística, también desde la mirada amorosa de la fe.

Libres

Libres frente a la realidad cósmica, frente a sus hermanos y hermanas y frente a Dios mismo. Esa es la singular aventura de la vida de los místicos y místicas. Por ello pueden parecer extraños a su mundo y en ello se soporta su concomitante profetismo. Porque se ha logrado vivir en Dios y desde El se va liberando el corazón, la conciencia y la razón de todas las ataduras que nos condicionan para vivir en la libertad de los hijos e hijas de Dios (Gal5,1). Así se van convirtiendo en hombres y mujeres ligeros y ligeras de equipaje, independientemente de si están en la soledad del monasterio o en el fragor de ruidos y lamentos de un tugurio de ciudad herida. En cualquier lugar del mundo, la dimensión mayor de su existencia es un vivir de la fe. Como seguidores y seguidoras de Jesús van desarrollando la capacidad de no depender de nada ni de nadie.

En el continente

La Vida Religiosa latinoamericana está llamada a desarrollar la mística para poder ser fiel al sufrimiento y el dolor del pueblo. A ser libres, nuevamente libres para poder volver a ser profetas. No ha pasado la hora de las opresiones, no se han iluminado las sombras de muerte. Desde las tierras candentes de la Guajira colombiana hasta la gélidas del lago Titicaca la sangre de los hijos e hijas de Amerindia sigue clamando al Padre y Madre por la suerte de sus hijos e hijas queridos (Rom 8,38)

Una Vida Religiosa que se decida a vivir en Dios no va temiendo a la arrogancia o la prepotencia con la que se esgrime el arma de la violencia o con la que se amenaza de maneras nuevas a quienes luchan por salidas de concertación y diálogo.

Desarrollar la mística que se gesta desde los pies del sagrario hasta las calles polvorientas de veredas y caminos sin regreso, los y las religiosas de este continente estamos llamados y llamadas a ser aquellos que continúan sin claudicar que siguen soñando en la tierra sin males de los primeros dueños de estas tierras y que por ello continúan afirmando que, por grandes que sean las incertidumbres, seguros estamos que “ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni principados, ni lo presente ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura ni la profundidad ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro.”